

### Lo que me trajo la noche

Lichi Garland<sup>1</sup>. Lima: Lápix editores. 2016. 198 págs.

Decía Pedro Salinas que en la penumbra de la conciencia y al conjuro de sensaciones difusas y furtivas, como las de un perfume o un sabor, se cobijan, se asocian y se mezclan las cosas más distintas y las ideas y sentimientos más diversos en un presente único renacido del olvido para que el escritor los salve poéticamente del transcurrir del tiempo que los habría sepultado en el olvido. Me permito citarlo a la luz del viaje al tiempo al que Lichi nos invita con su novela.

Su título nos anuncia que vamos a recorrer confines cercanos al sueño y a la ensoñación revestidos de realidad. Nos comunica que la vida no puede ser entendida en el mismo momento de vivirla, sino al evocarla, recrearla y soñarla.

Desde el primer párrafo de su novela, Lichi nos ubica en un escenario similar al de la fantasía de los cuentos infantiles. Como diría Piera Aulagnier en su ensayo *El aprendiz de historiador y el maestro brujo* (1984), Lichi construye en su novela varias historias que son sobrepuestas, cargadas de emociones: miedo, amor, odio y, sobre todo, incertidumbre. Lourdes, la narradora, acompaña su relato con minuciosas y ricas descripciones de sus entornos, a veces luminosos y otras veces grises y, especialmente, con asociaciones y reflexiones en donde se advierte cierta perplejidad y tristeza, que se entrelazan con momentos de amor, pasión y satisfacción, como si su recorrido fuera una búsqueda de sentido a la



---

1 La autora es Psicóloga y Magister en Estudios Teóricos en Psicoanálisis de la PUCP. Es autora además de *Primeros pasos. El ballet y la danza moderna en el Perú*. Ha publicado un texto en el N.º 17 de esta revista "Psicoanálisis" (2016) titulado: *El freudismo de Dalí*.

vida. Es en esos escenarios en que se desenvuelve el diálogo y descubrimiento de sus personajes que devienen en interlocutores y acompañantes. Al seguir su desarrollo, la trama se va transformando con sus principales personajes, incluida la escritora-narradora, en una exaltación de la intimidad. Como si su yo al construir, quisiera rescatar el tiempo vivido y perdido, para transformarlo en una historia identificatoria que le permita una identidad para pensarse a sí misma.

Con este fin se apodera del tiempo y lucha por una continuidad que le permita darle a su novela un poder de explicación causal, aunque duda de poder lograrlo. Al apoderarse del tiempo, éste adquiere sentido en relación a los deseos y a la autopercepción de Lichi. Es claro en la novela que en su necesidad, a veces angustiada, de certidumbres poco importa que estas sean verdaderas o falsas, con tal de sentir las suyas y lograr apaciguar sus zozobras internas.

Similarmente a lo que sucede en el psicoanálisis (de ahí su mención a Jung), en la necesidad de certidumbres radica el que la escritora (como el creador en general) se sienta obligada a escribir-construir la historia de su propio pasado para que su presente tenga sentido y para que la idea de futuro resulte pensable. Esto se aprecia en la novela que comentamos. Sugiere un cambio y un nuevo comienzo: *“Alejandra y yo nos escuchamos (...) hemos mutado (...) el telón de fondo es un cielo no siempre iluminado (...)”*. Con lo cual pareciera sugerirse un nuevo sentido.

Los personajes de Lichi cruzan historias, aparecen y desaparecen, crean suspenso, intriga y hay un cierto hálito de misterio, se ubican en diálogo con las asociaciones y citas de lecturas de la narradora. Estas tramas constituyen también pretextos para encuentros y lejanías. Algo vive y revive en los relatos. Como diría Aulagnier, como un “tiempo muerto” que busca espacio en un “discurso vivo”, poblado de cercanías y distancias, de entusiasmos y desganos, fantasías adscritas a los conflictos, recuerdos de batallas ganadas o pérdidas de lealtades y traiciones sufridas. Utilizando el lenguaje de Julia Kristeva, diríamos que Lichi nos ubica más allá del tiempo en el des-tiempo, busca sentido más allá del juicio, como en un análisis. La escritora enfatiza en el pasado que se coloca sobre el presente para hacerlo digerible. A este fenómeno, en el que se añaden claros relieves críticos, Kristeva lo llamaría re-vuelta, un volver a lo temprano, retornar al pasado sensible para recrearlo y permitirnos, como ya dijimos, experimentar intimidad y dejar, sin demasiado esfuerzo, que la vida fluya, como el agua del río. En ese sentido, la escritora nos recuerda el *wu-wei* taoísta, lograr armonía. Es un buen deseo, pero es el conflicto el que nos define y así parece darse en el transcurrir de la novela. En psicoanálisis se sostiene la

búsqueda de lo temprano como anhelo de plenitud, de “sentimiento oceánico” como lo llamó Romain Rolland. En la novela, este dejarse llevar (*wu-wei*) es relacionado por Lourdes con el síndrome de Stendhal reconocido como fenómeno asociado a la percepción estética.

Asimismo, los protagonistas son aficionados a la música. Desde un romántico y melancólico Rachmaninoff del concierto N°2, el mismo que antes de morir escucha un piano tocar, quizá el mismo que tocara su madre en su Rusia natal, hasta Gustav Mahler y su embrujo. A estos músicos, como Schumann, Mozart y otros, Bolla los llamaba cultores de la estética materna, fenómeno sensorial que nos hace sentirnos “envueltos” y separados de la realidad concreta. ¿Se tratará tal vez de vencer a la muerte? Pero su efecto extremo puede suscitar también la sensación de perderse en un cosmos sin referencias. Por ejemplo, el ataque de pánico que Lourdes nos confiesa que padeció es un terrible ejemplo. Por eso esas angustias, a diferencia de la contemplación estética, son llamadas “sin nombre”.

Garland busca las páginas olvidadas en las que duerme su eros, las metáforas que realzan o diluyen, como diría Proust, el misterioso sabor de la magdalena, que hace vivir, revivir y durar, es decir, recuperar el tiempo perdido. Ya lo decía Freud, y la autora lo explica con su texto diáfano y sugerente: *...saqué a Fausto y Mefistófeles, las partes escindidas, y sin embargo necesarias para cada uno de nosotros.*

El amor y el odio pueden reconciliarse sin necesidad de dejar de estar en conflicto. Lichi mezcla el análisis íntimo con la observación de sí misma sin perder detalle del entorno y ese doble plano de intimidad y mundo circundante constituyen el núcleo mismo de su narración. Como diría Hanna Segal, es el deseo de reparar y restaurar, recreando la base de la creatividad que procede de lo interior. Con una hermosa frase Proust la llamó: “intermitencias del corazón”. Llenan vacíos y brotan de las melancolías y soledades, crean un mundo propio a partir de pequeños hechos de la realidad a modo de los “restos diurnos” que suscitan sueños. Lo vivido por el escritor busca ser integrado en su obra. Lo bello, lo feo, lo agradable y lo desagradable. La vida llena de antinomias y gracias a ellas, también de creatividad. Dice Lourdes: *...todo comienza cada día: lo bueno, lo buenísimo, lo malo y lo menos malo.* Este ver el mundo diferente es descrito por Lourdes magistralmente. Ella logra vencer el tedio con la pasión amorosa. La siempre buscada y al fin hallada y luego perdida pasión amorosa, como la del admirado Mahler. No sé si Freud pudo ayudarlo, pero lo escuchó y lo comprendió. Difícil olvidar que a la cuarta sinfonía, la preferida de Ale-

jandro, finalmente pareja de Lourdes, el músico se vio precisado a agregarle “el final de la vida celestial”. En todo caso, el ojo que por su daño empañaba la visión del mundo (“el que explota”), se convierte para Lourdes en una metáfora sobre mitigar el sufrimiento y poder ubicar el sentido de sí misma y de la vida.

Un libro lleno de sensualidad, sinceridad y sabiduría. Un recorrido por los sueños nocturnos y ensueños diurnos, por los estados sin nombre de nuestro origen primordial, guiados por inteligentes y sensibles asociaciones, asombros y sentimientos. Hemos podido escuchar con sus personajes el sonido de las olas sobre las piedras, no sobre la arena. Lo que la noche le trajo a Lichi, ella nos lo ofreció. Nos hizo vencer la rutina.

*Luis Herrera Abad*

Psicoanalista miembro en función didáctica y ex presidente de la Sociedad Peruana de Psicoanálisis.

Magister en Estudios Teóricos en Psicoanálisis y licenciado en Psicología en la Pontificia Universidad Católica del Perú.

[psluisherrera@yahoo.com](mailto:psluisherrera@yahoo.com)